

cieron, sino que ya en su edad madura recogió y ordenó los principios más importantes de la oratoria que había practicado y enseñado <sup>1</sup>, levantando á su nombre glorioso monumento y transmitiendo al mismo tiempo á la posteridad el lamentable cuadro que presentaba en sus días la elocuencia. No otro fué el propósito que dió vida á su estimado libro *De Institutione oratoria*, y no otro el resultado producido por su docta crítica.

Este ilustre español, cuya patria han puesto en duda respetables comentadores <sup>2</sup>, rodeado del prestigio que le daban veinte años de enseñanza pública, con sueldo del Erario <sup>3</sup>, no sólo aparece en aquella edad como supremo moderador de la juventud y como la más alta gloria de la toga romana <sup>4</sup>, sino también como

<sup>1</sup> Dirigiéndose á Domiciano, á quien había pedido licencia para retirarse de la vida activa, escribía: «Nos, quando et praecipendi munus iam pridem deprecati sumus et in foro quoque dicendi, quia honestissimum finem putamus, desinere, dum desideraremur, inquirendo scribendoque, talia consolemur otium nostrum, quae futura usui bonae mentis iuvenibus arbitramur, nobis certe sunt voluptati» (lib. II, cap. XII, párr. 14). Conjetúrase que Quintiliano emprendió este trabajo en el año 92 ó 93 de J. C.

<sup>2</sup> Entre los que han padecido este error, merece singular mención el muy docto Enrique Dodwell, quien en su *Vita M. Fabii Quintiliani per annales disposita*, intentó demostrar que era romano. No creyeron lo mismo otros muchos críticos, así nacionales como extranjeros, los cuales apoyados en las palabras de Eusebio Cesariense, sostienen que fué español y de Calahorra.—La duda de los que le hacen hijo de Roma estriba en no haberse conservado íntegro el códice de Eusebio, que ha llegado á nuestros días; pero habiendo traducido S. Gerónimo *ex Hispania Calagurritanus* (Olimpiadas CCXI y CCXVI), no parece que debió la crítica dudar de la ciencia ni de la probidad de este docto varón, que no tenía por otra parte interés alguno en que fuese Quintiliano ó no de Calahorra. Además de esta declaración terminante y decisiva, pueden verse las observaciones que hace don Nicolás Antonio en el cap. XII, del lib. I de su *Bibliotheca Vetus*, para demostrar cuán desacordados andan los que se apartan de Eusebio Cesariense, ó de la verídica traducción de S. Gerónimo. Quintiliano nació pues en Calahorra del año 42 al 45 de la Era cristiana.

<sup>3</sup> Dícelo el mismo Quintiliano: «Post impetratam studiis meis quietem, quae per viginti annos erudiendis iuvenibus impenderam, etc. (Lib. I, proem.).»

<sup>4</sup> M. Valerio Marcial decía de Quintiliano:

Quintiliane, vague moderator summe iuventae,  
Gloria romanae, Quintiliane, togae.

crítico profundo, quilatando con singular maestría los aciertos de los más insignes oradores y retóricos griegos y latinos <sup>1</sup>. Digno de toda alabanza es sin duda el discípulo de Domicio Afro <sup>2</sup>, cuando en su empeño de restaurar la elocuencia, no omite consejo ni diligencia alguna á fin de crear el perfecto orador, dotado de las virtudes y de la ciencia necesarias para dominar con la palabra á los demás hombres <sup>3</sup>. Quintiliano ha menester, para alcanzar este loable propósito, colocarse al lado de la cuna del futuro orador, formar su corazón desde la infancia, nutrirlo de sana y profunda doctrina durante la adolescencia, acompañarle en los espectáculos públicos durante la juventud y penetrar con él en el foro, para templar allí sus ardientes pasiones y exaltar sus nobles sentimientos. Quintiliano necesita un hombre para hacer un orador; un hombre de templadas y mansas costumbres, de hidalga y modesta ambición, de vivo y acendrado patriotismo: sólo de esta manera puede aspirar á la gloria de resucitar la tribuna; pero este hombre no existía ya, ni podía existir en la Roma de los Galvas y Domicianos. Por eso el crítico de Calahorra, advertido merced á su larga experiencia de que habían expirado en la juventud romana los generosos instintos de independencia y libertad, perdida al par la elevación que engendra siempre en los corazones generosos el conocimiento de la propia virtud, procura fundar de nuevo y sobre la sólida base de la moral la educación de los que se consagraren al foro, único género de pública oratoria posible bajo la tiranía de los Césares. Á este laudabilísimo objeto encamina todos sus desvelos; pero ¿cuál debía ser el natural resultado de su meritorio ensayo dirigido á despertar el amor á la tribuna en una juventud, entregada de lleno á los más vergonzosos vicios é indigna de que «cayera en ella la elocuencia,» según la feliz expresión de Marco Anneo?... Durante los veinte años de su enseñan-

<sup>1</sup> Lib. III, cap. I.

<sup>2</sup> Marco Fabio nos dá ventajosa idea de su maestro en varios pasajes de sus *Instituciones*, en especial en el lib. VIII, cap. V; lib. X, cap. I; lib. XII, cap. X. Adelante veremos la respetuosa forma en que lo verifica.

<sup>3</sup> Oratorem autem instituimus illum perfectum, qui nisi vir bonus non potest: ideoque non dicendi modo eximiam in eo facultatem, sed omnes animi virtutes exigimus, etc. (Lib. I, proem.).

za, solamente logró un discípulo, cuyo nombre haya llegado á la posteridad con aplauso <sup>1</sup>: despues de publicado su libro, no hay memoria de que floreciera en la Roma Imperial orador alguno, en quien brillaran las dotes, las virtudes y la instruccion por él exigidas en las «Instituciones» <sup>2</sup>.

Ni hubiera podido ser de otro modo, á no conceder á Marco Fabio el sobrehumano privilegio de cambiar con los esfuerzos de su talento el aspecto de Roma, haciendo retroceder cerca de dos siglos aquella civilizacion, ya caduca y próxima á su ruina. El docto crítico, que necesitaba crear en la capital del mundo un hombre para formar un orador, aspirando á salvar de la decadencia el arte sublimado por los Brutos, Hortensios y Cicerones, sólo podia lamentar su muerte. Su libro, celebrado en gran manera por la posteridad, no puede por tanto ser considerado en la Roma del Imperio, como la escuela de los oradores, sino como la idealizacion del antiguo orador romano. Aparece en aquel momento en que por todas partes cae despedazado el magnífico edificio de las letras latinas, siendo como todas las retóricas, como todas las poéticas, insuficiente para conjurar tan lastimosa catástrofe. Porque la época de las retóricas y de las poéticas no es ya la época de la creacion y de la espontaneidad: esas leyes, hijas de la observacion de los grandes modelos, se fijan sólo cuando las tra-

<sup>1</sup> Plinio, el mozo, quien agradecido á la enseñanza que debia á Quintiliano, dotó espléndidamente á la hija de este, habida en su segundo matrimonio, al desposarse con Nonio Céler. Es por extremo delicada la manera usada por Plinio para ofrecerle este don: «Te porro animo beatissimum (le dice) modicum facultatibus scio. Ita que partem oneris tui mihi vindico, et tanquam parens alter puellae nostrae confero quinquaginta millia nummum: plus collaturus, nisi a verecundia tua sola mediocribate munusculi impetrari posse confiderem, ne recusares (lib. VI, epist. XXXII).

<sup>2</sup> Parécenos oportuno recordar aquí, aun á riesgo de ofender á los eruditos, que el libro de Quintiliano, fué destinado desde la época del *Renacimiento* á la enseñanza de la retórica, en cuyas aulas conserva aun la supremacia, en todas las naciones cultas. Pero este privilegio, nacido del anhelo de la imitacion clásica, en vez de producir el efecto apetecido, es á menudo nocivo á la elocuencia de los pueblos modernos, cuyas condiciones sociales y cuyo gusto, no puede acomodarse, en la forma que los retóricos pretenden, á todos los preceptos de Quintiliano.

diciones vivas del arte se van ya borrando del espíritu de los pueblos, cuando la imitacion de aquellos, descaminada é impotente para reproducir sus bellezas, se desvanece y pierde en todo género de extravios; cuando falta en la república literaria legítima bandera, á cuyo alrededor se agrupen y militen los verdaderos ingenios. Entonces aparecen los hombres destinados á formular las leyes, que pueden acaso evitar por algun tiempo la destruccion del ya desmoronado edificio, acudiendo por todas partes á apuntalarlo con los preceptos, deducidos escrupulosamente de su propio exámen: entonces empieza la obra del análisis y son ponderados todos los aciertos, todas las bellezas, poniéndose de relieve y presentándose á la imitacion la pulcritud y sencillo artificio de las formas, ya que no es posible someter á los mismos cánones las ideas y los sentimientos. Pero cuando esto sucede, ha pasado la hora de la creacion, porque ha sonado ya la del recuerdo, sin que basten las reglas ni su estricta observancia á reparar la decadencia de un arte, que no se inspira en las mismas fuentes, de que antes manaba.

Tal es la enseñanza, que debemos á la historia, y no en otro momento llega Quintiliano con sus *Instituciones oratorias* á la liza literaria. En su noble empeño de restaurar el buen gusto, evoca todas las tradiciones del siglo de oro, y penetrando con firme planta en el campo de la literatura griega, procura autorizar sus lecciones con el ejemplo y prestigio del arte homérico. Al llegar á este punto, no es ya Quintiliano el mero preceptista que deduce y formula con acierto las reglas de la oratoria: su voz se eleva entonces á más altas regiones, mostrándose cual severo crítico y filósofo; y descubriendo en los poetas épicos, en los líricos, trágicos y cómicos, en los historiadores y oradores griegos las fuentes de la elocuencia, traza de mano maestra el bosquejo histórico de aquella literatura, siendo verdaderamente admirables la exactitud y profundidad de sus juicios. Homero, padre y raiz de toda poesia, aparece á su vista como el Júpiter de la elocuencia, manifestando que así como toma en el Océano principio y fuerza el curso de los rios y las fuentes, así tambien tan sublime arte toma nacimiento y ejemplo en sus inmortales creaciones. Hesiodo, aunque cargado de nombres, obtiene en sentir de Marco Fabio la palma

del bien decir en el estilo llano: la rústica y pastoral musa de Teócrito, que esquivaba comparecer tanto en el foro como en la ciudad, le admira con sus sencillos cantares; la magnificencia del ingenio y poderosa inventiva y facundia de Píndaro le mueven á declararle príncipe de los líricos; la redundancia y vaguedad de Estesícoro le retraen de compararlo al poeta de Smyrna; el vigoroso acento de Alceo, terrible á los tiranos é impropio para juegos y amores, le conmueve; la dulce y patética voz de Simónides excita en su corazón gratas simpatías. Ni se olvida tampoco de la energía y gravedad de Antímacho, de la rigidez y escaso movimiento de Arato, de la facilidad y ternura de Calímaco, príncipe de la elegía, ni de la agudeza y vehemencia de Archiloco.

Su crítica siempre docta, penetra después en el teatro griego y le admiran al par en la comedia la sencillez y gracia, la libertad y facundia, la tersura y elegancia de Aristóphanes, Eupolis y Cratino; mientras le sorprende, en la tragedia, la sublime entonación y excesiva grandilocuencia de Eschilo, no menos que su extrema rudeza y exagerado desaliño. Dudoso entre Sóphocles y Eurípides, parece al cabo inclinarse al último su especial lenguaje y estilo, más conforme con la naturaleza de la oratoria que el levantado de Sóphocles. Mas no vacila en conceder á Menandro el laurel cómico, rechazando el juicio de los que á Philemon le atribuían: «de tal manera expresó [aquel] la imagen de la vida; tan grande fué su fuerza de inventiva y su natural facundia, y en tan alto grado se acomodó á todas las cosas, á todas las personas, á todos los afectos <sup>1</sup>.»

Y no se muestra Quintiliano menos circunspecto y acertado, cuando comparecen á su presencia los historiales y los oradores: Thucydides y Herodoto <sup>2</sup> son los padres de la historia; Demóstenes y Eschines los príncipes de la elocuencia. Siguen á los primeros Theopompo, Philisto, Ephoro, Clitarco y Timágenes: preten-

<sup>1</sup> Ita omnem vitae imaginem expressit, tanta in eo inveniendi copia, et eloquendi facultas: ita est omnibus rebus, personis, affectibus accommodatus (lib. X, cap. 1).

<sup>2</sup> Debemos notar que seguimos en la exposición el mismo orden que adopta Quintiliano, quien se atiende más al mérito de los escritores que á la cronología, según al tratar de los poetas latinos veremos más claramente.

den emular la gloria de los segundos Hypérides, Lysias, Isócrates y Demetrio Phaléreo. Unos y otros se hallan caracterizados con singular maestría, no siendo posible en modo alguno desconocer su índole especial, después de escuchar á Marco Fabio. Este insigne maestro termina su erudita reseña de la literatura helénica, con el juicio de los filósofos. La agudeza de los pensamientos y la facilidad homérica de Platon le hacen ponerle al frente de todos, comparándole al oráculo délfico; la inimitable dulzura de Xenofonte, tan digno de alabanza, ya como historiador, ya como filósofo, parece persuadirle de que hablaban las gracias en sus labios; la elegancia y profundidad, la fecundidad y elocuencia de Aristóteles, primero entre los socráticos, arrancan de su pluma merecidos elogios, los cuales alcanzan también á Theophrasto por la «divina nitidez» de su lenguaje. Ni desdeña por último el crítico de Calahorra los consejos y esfuerzos de los estoicos respecto del arte oratoria, en que mostraron sin embargo más agudeza de pensamientos que magnificencia de expresiones.

Igual camino sigue Quintiliano respecto de la literatura romana, bien que no atendiendo á la cronología al colocar á Virgilio el primero de los vates latinos, porque el poeta de Mántua es en su concepto el más digno de ser comparado con Homero de cuantos en Roma y Grecia florecen. Pero no por esto deja de tributar á los antiguos escritores el culto debido á su mérito: Q. Ennio es venerado por él, como se veneran los bosques consagrados por su antigüedad, donde los elevados y seculares robles admiran no tanto por su hermosura, como por el respeto religioso que infunden. Consignado en tal manera el que profesa á los primitivos poetas latinos, y recomendando al propio tiempo las obras de Marco, Lucrecio y Atacino Varron, llega el crítico español á examinar los vates del siglo de oro, no sin dar algunas pinceladas sobre el mérito de sus coetáneos. Tibulo y Horacio son los más esclarecidos ingenios que excitan en aquella edad su entusiasmo: el primero compite en elegancia y tersura con los más señalados poetas elegíacos de Grecia: el segundo no halla rival en el cultivo de la sátira, género exclusivamente romano, y brilla sobre todos los poetas líricos por su remontado vuelo, por la feliz osadía de su expresión y por su extremada dulzura.

Viniendo á tratar despues del teatro latino, celebra el discípulo de Afro los ensayos trágicos de Accio y de Pacuvio, más apreciados por la gravedad de las sentencias y autoridad de los personajes que por su primor y delicadeza: la *Tyestes* de Vario y la *Medea* de Ovidio, aunque comparable la primera á las más perfectas tragedias griegas, y prueba la segunda de lozano ingenio, no llegan á oscurecer el mérito de Pomponio Segundo, á quien no concedieron sin embargo los antiguos el laurel escénico. Pero si sólo puede señalar Quintiliano respecto de la tragedia tan escasos ensayos, no vacila en declarar que apenas alcanzaba la literatura latina una leve sombra de la comedia griega <sup>1</sup>. Contrario al juicio de Elio, seguido por Varron, no juzga como ellos que si las musas hubiesen querido hablar latin, habrían hablado por boca de Plauto: discorda con los antiguos críticos, tiene por inmerecidas las alabanzas de Cecilio. No reconoce en Terencio las singulares dotes que le han conquistado el aplauso de la posteridad, bien que le concede extremada elegancia; y sin embargo califica á Afranio de excelente poeta cómico.

Más fecunda la literatura latina en historiadores, no teme Marco Fabio la comparacion entre Salustio y Thucydides, ni encuentra superioridad en Herodoto sobre Tito Livio. Acaso Servilio Noviano y Basso Aufidio hubieran sido tambien merecedores de igual fama, á mostrarse el primero más conciso y emplear el segundo toda la fuerza de su gran talento. Gloria de su edad y digno de eterno renombre es, en concepto del crítico español, uno de los ingenios que más brillaban á la sazón en el cultivo de la historia: todas las dotes, todas las circunstancias que le atribuye, parecen descubrir el gran talento de Tácito <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Vix levem consequimur umbram, adeo ut mihi sermo ipse romanus non recipere videatur illam solis concessam atticis venerem, quando eam ne graeci quidem in alio genero linguae obtinuerint (Id., id.).

<sup>2</sup> Así lo entiende Mr. Rollin en sus notas á Quintiliano: las palabras de este son: «Superest adhuc, et exornat aetatis nostrae gloriam, vir saeculorum memoria dignus, qui olim nominabitur, nunc intelligitur. Habet amatores, nec imitatores: ut libertas, quamquam circumcisis quae dixisset, et nocuerit. Sed elatum abunde spiritum et audaces sententias deprehendas, etiam in iis, quae manent (lib. X, ut supra).

Y si en tal manera puede competir la literatura latina con la helénica respecto de los historiales, no juzga Quintiliano que debe ceder la palma respecto de los oradores. Demóstenes es el padre de la elocuencia griega: Ciceron le iguala en la mayor parte de las virtudes oratorias. «Aquel es, sin embargo, más conciso; este más copioso: aquel concluye más terminantemente; este disputa con mayor amplitud: aquel siempre con agudeza; este frecuentemente, y con peso: á aquel nada se le puede quitar; á este nada añadir: en aquel hay más artificio; más naturalidad en este <sup>1</sup>.» Semejante paralelo, al mismo tiempo que pone de resalto el gran talento de Quintiliano, justifica la indecision de la posteridad entre aquellos inmortales ingenios. Marco Tulio llegó á ser considerado en Roma como gloriosa personificación de la elocuencia.—Ni se mostraron indignos de tanta gloria los que procuraron seguir sus huellas: la grande inventiva y sumo esmero de Asinio Polion, la elegancia y pureza de Mesala, la agudeza, energia y pulcritud de Cayo César, la urbanidad de Celio, la grave autoridad y vehemencia de Calvo, la picante acrimonia de Casio Severo; y más adelante el artificio y limpieza de estilo de Domicio Afro, digno de ser puesto entre los antiguos oradores <sup>2</sup>, la viveza y excesiva tersura de Julio Africano, la sublime claridad de Tráchalo, la compostura y jovialidad de Vibio Crispo, y finalmente la no lograda facundia, gracia y suavidad de Julio Segundo, enseñan al crítico español, que reconocia iguales prendas en algunos de sus coetáneos, á no envidiar la elocuencia de Atenas. No olvidemos, sin embargo, que muchos de estos ingenios pertenecen principalmente á la época de los declamadores.

Breves líneas consagra á tratar de los filósofos, como quien no

<sup>1</sup> Densior ille; hic copiosior; ille concludit astrictus, hic latius; pugnat ille acumine semper, hic frequenter et pondere; illi nihil detrahi potest, huic nihil adici; curae plus in illo, in hoc naturae (Lib. X, cap. I, n.º 106).

<sup>2</sup> Hé aquí las palabras de Quintiliano: «Domitius Afer... et toto genere dicendi praeferendus, et quem in numero veterum locare non timeas» (lib. X, cap. I). Más adelante añadia, refiriéndose á los oradores que conoció en sus primeros años: «In iis etiam, quos ipsi vidimus, copiam Senecae, vires Africani, maturitatem Afri, iucunditatem Crispi, sonum Trachali, elegantiam Secundi» (lib. XII, cap. X, n.º 11).

encuentra en ellos aquellas galas de dicción y belleza de estilo que tanto brillaron en los griegos. Sin embargo no olvida que es Marco Tulio uno de los más felices imitadores de Platon, ni pierde tampoco de vista que se distinguió Bruto más por sus tratados filosóficos que por sus oraciones; mostrándose el escéptico Cornelio Celso culto y elegante y no siendo despreciable del todo el epicúreo Cacio.—Tampoco podía olvidar Quintiliano al filósofo de Córdoba, cuando se esforzaba en restituir á su antigua severidad el estilo, corrompido y estragado con todo género de vicios: de propósito le deja para el último lugar, no pudiendo consentir que se le diese la preferencia sobre los más dignos de estima, desacreditados por el mismo Séneca. Mas reconociendo su claro ingenio, su estensa y casi inverosímil erudición y la flexibilidad de su talento, se duele respecto de su estilo de que no hubiera escrito con su ingenio, pero con el juicio de otro, logrando así la elección que le faltaba <sup>1</sup>.

De esta suerte evoca pues Quintiliano todos los nombres esclarecidos, todas las grandes tradiciones del arte homérico, considerados unos y otros bajo el aspecto de las formas exteriores. La empresa era en verdad laudable y patriótica: el ejemplo no podía ser más ilustre; el digno maestro que procuraba poner delante de la juventud los más acabados modelos, y que para conseguirlo, recorría tan doctamente la historia de las literaturas griega y romana, creyó necesario confirmar su doctrina, practicándola, y logró en sus *Instituciones* restituir por un momento á la lengua de Ciceron su gravedad y grandilocuencia, emulando en no pocos pasajes al mismo Tulio. Mas no era ya posible salvar las formas de una literatura que, como la latina, habia realmente muerto: á pesar de los meritorios esfuerzos de Quintiliano, el filósofo de Córdoba, preferido en su tiempo á todos los griegos y latinos, continuó siendo el ídolo de aquella juventud que dudaba,

<sup>1</sup> Velles eum suo ingenio dixisse, alieno iudicio (lib. X, cap. I, n.º 130). Este juicio no puede estar más conforme con el exámen que dejamos hecho de las obras de Séneca, si bien colocado Quintiliano en opuesto campo literario, manifiesta poca devoción y no grande entusiasmo por el aplaudido filósofo de Córdoba.

como él, de lo pasado, y que falta de fé en lo porvenir, tampoco tenia aliento para luchar, en medio de las tribulaciones de lo presente. Dominado sin duda de este fatal influjo, se enreda lastimosamente el mismo Marco Fabio en cuestiones puramente escolásticas, donde hace más gala de sutileza que de verdadero buen gusto; mas no podia ser de otro modo, cuando la hinchada declamación habia sustituido de lleno á la sencilla elocuencia, cuando á las antiguas *causas* habian sucedido las *controversias* y *suasorias*, encerrada aquella divina arte dentro del foro, ó destinada á servir de mero pasatiempo académico. Inevitable era por tanto el dar martirio á la imaginación, acudiendo á todo género de sutilezas, para tener á gala el defender é impugnar un mismo tema con igual fortuna: consecuencia indispensable de tal empeño era también el caer en frecuentes y aun vergonzosas contradicciones, manchándose los declamadores con el cieno de la adulación ó de la lisonja <sup>1</sup>. Marco Fabio, á quien acabamos de considerar cual maestro de la juventud, se habia ejercitado largamente en este linaje de lides oratorias, siendo para nosotros indudable que hubiera caído en el olvido que envuelve á sus competidores, si no hubiese aspirado al galardón del escritor didáctico <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Ni el mismo Quintiliano logró libertar sus *Instituciones* de este contagio: hablando de Germánico, se expresaba de este modo: «Hos nominavimus, quia Germanicum Augustum ab institutis studiis deflexit cura rerum, parumque diis visum est esse eum maximum poetarum, etc.»

<sup>2</sup> Andan con nombre del maestro de Germánico hasta ciento cuarenta y cinco *Declamaciones* de las trescientas ochenta y ocho que se dice haber compuesto y recitado; pero muy doctos críticos opinan que parte de ellas fueron debidas: 1.º al famoso declamador Quintiliano, de quien habla M. Anneo Séneca (Proem. del lib. X *Controv.*, y *Controversia* IV del mismo libro); 2.º al padre de Marco Fabio, de quien este hace mención en las *Instituciones* (lib. IX, cap. III); y 3.º á otro Quintiliano, también declamador (Fabro, in Praef., lib. X *Controv.*; Campan, *Declamationes minores*, epist. p. 340). Otros celebrados humanistas, y entre ellos el español Luis Vives (*De corruptis disciplinis*, lib. IV) y Erasmo (*In Ciceroniano suo*), declaran también indignas de Quintiliano las diez y nueve *Declamationes maiores* que se han publicado á menudo con las *Instituciones*, no sin que se hayan hecho también numerosas ediciones sueltas. La más antigua de *Institutione Oratoria* es la de Ulrico Gallo (Roma, sin año): tras ella aparecieron en la misma ciudad la

Alentada, no obstante, por tantos caminos la imitación de los antiguos escritores y considerada entre los eruditos como el medio eficaz de restaurar las letras, llegóse en esta senda tan al cabo, que no contentos ya con volver los ojos á los modelos latinos del siglo de Augusto, los fijaron también en los escritores griegos, dando motivo á una nueva reacción, harto peregrina en la historia de la literatura helénica. Alcanzaba este singular movimiento su mayor desarrollo bajo el imperio de Adriano, tan docilmente calificado por el español Juan Luis Vives, y tan digno por esta causa de maduro exámen. Aquella especie de renacimiento, que experimentan sobre todo la filosofía y la elocuencia, tomando creces en la época del apóstata Juliano, debía producir notables resultados: Luciano, Plutarco, Herodiano, Sexto Empírico y otros no menos celebrados ingenios parecieron preparar con sus obras, donde se refleja el espíritu de los antiguos tiempos, la brillante era de los Orígenes, Basilio y Nacianzenos. Mas si este movimiento de las letras griegas llama la atención del historiador y del filósofo por lo inesperado, no aparece menos sorprendente por lo que significa y por las consecuencias que produce. Consentida por la política del apóstata, se levanta en aquellos días poderosa y temible la doctrina de los neo-platónicos, para sostener con el cristianismo la lucha más grande y memorable de cuantas ha sustentado la humanidad en el terreno de la inteligencia. Acaso los sectarios de Ammonio y de Plotino llegan á juzgar seguro el triunfo; pero tan recias contradicciones debían únicamente servir de crisol, donde resplandeciera con mayor pureza la divinidad del Evangelio, y se mostrase más radiante y magnífico el decisivo triunfo del cristianismo. De aquella tenaz lucha surgía el muro de bronce que había de separar para siempre el mundo antiguo del mundo moderno.

de Conrado Sweynheyn y la de Ulrico Han (1470), y sucesivamente en Venecia (1471) la de Nicolás Jenson, en Milan (1476) la de Antonio Zaroto, en Venecia (1481) la de Lucas Veneto, etc., siendo innumerables las que después se han hecho (Fabricio, *Bibl. lat.*, lib. II, cap. XV; don Nicolás Antonio, *Bibl. Vet.*, lib. I, cap. XII; Rodríguez de Castro, *Bibl. españ.*, pág. 107 y siguientes).

Pero esta especie de renacimiento de la literatura griega hubo naturalmente de ser contrario y aun precipitar la decadencia de las letras latinas, que sin bandera ni verdaderos adalides, agotaban toda su vitalidad en individuales y nada fecundos esfuerzos. Sólo eran respetadas en aquella corte como obras perfectas las que mejor remedaban el estilo y lenguaje de los antiguos escritores, tomando parte en tan singular tarea los mismos Césares: Trajano y Adriano, españoles ambos y dignos ambos de alto lauro histórico, se pagaban de alentar generosos y aun de frecuentar entendidos estos ejercicios y pasatiempos literarios <sup>1</sup>; mas en me-

<sup>1</sup> La mayor parte de los autores de *Bibliotecas* colocan en efecto á los emperadores Ulpio Trajano y Elio Adriano entre los poetas é historiadores de la decadencia. Atribuyen al primero un libro titulado: *De bello dacico*, y algunos epigramas escritos en griego, lengua en que se mostró muy entendido; y tiénense por suyas, sin que en esto quepa dudar, las CARTAS que dirigió á Plinio, el mozo, insertas por Enrique Stephano en la edición que en 1607 hizo de las *Epistolas* del insigne discípulo de Quintiliano, y reproducidas después en el libro X de las mismas.—No menos apasionado de la lengua y literatura griega fué Elio Adriano, quien por esta singular predilección mereció que se le diese el nombre de *El Griegecito*, según asegura Lilio Gregorio Giraldo en su obra *De Poetarum Historia* (Diálogo V, Leyden 1696). Suidas afirma que dejó escritas varias obras en prosa y verso, «porque tenía un apetito insaciable de gloria» (Φιλοτιμεία τε γὰρ ἀπλείστως ἐχρήτο.): dió á sus poesías eróticas el título de CATAMITOS. Las obras que se conservan en prosa y menciona el erudito don Nicolás Antonio (tomo I, cap. XV) son los *Razonamientos y oraciones latinas*, las *Declamaciones griegas*, algunas *epistolas*, y las *leyes* escritas ó publicadas por él, que dió á luz en 1661 el célebre juriconsulto Renato Bottereau. Entre los ingenios protegidos por Elio Adriano, se cuenta el español L. Ánneo Floro, quien le dirigió los siguientes versos:

Ego nolo Cæsar esse:  
Ambulare per Britannos:  
Scythicas pati pruinas.

Adriano le respondió:

Ego nolo Florus esse,  
Ambulare per tabernas.  
Latitare per popinas  
Cinices pati rotundos.

Así Trajano como Adriano eran españoles y naturales de Itálica.—También citan los autores de *Bibliotecas* entre los escritores de este siglo al emperador M. Aurelio Antonino, oriundo de España, por lo cual no vacila Rodríguez

dio de aquella inusitada proteccion, debia la verdadera musa del gentilismo exhalar los últimos cantos de vida, brillando tambien el postrer destello del ingenio español, como protesta enérgica contra aquella artificial reaccion clásica.

Lucio Ánneo Floro, hijo de Córdoba y de la ilustre familia de los Sénecas <sup>1</sup>, recogiendo, digámoslo así, la gloriosa herencia de sus mayores, venia en efecto á manifestar en sus obras que era tan estéril el apuntalarlo con los preceptos y las reglas, como el intentar por medio de la imitacion, restaurar el antiguo edificio de las letras latinas. Renunciando á esta empresa, á que habian arrimado el hombro con tanto empeño los españoles Pomponio, Columela, Silio y Quintiliano; fiel á la estrella del suelo que le vió nacer y de los ingenios, cuyo nombre le honraba, dejó Lucio Ánneo volar libre de todo freno su fogosa imaginacion, y señalado entre los más fogosos declamadores, entró con planta osada en el campo de la historia: revistiéndola de todas las galas de la poesía, abultó á sabiendas los caractéres y desnaturalizó los acontecimientos, y ya sembró la narracion de los últimos de metáforas é hipérboles por demás atrevidas, ya prestó á los primeros excesivo relieve y pintoresco y ardiente colorido.

No otra cosa nos enseña el exámen de su *Epítome Rerum Romanarum*; pero si tan vivo deseo de lo grande y de lo maravilloso dió á esta obra cierta fisonomía, en todo desemejante de la que presentaban las antiguas historias y sus descoloridas imitaciones; si descubre desde luego á la contemplacion de la crítica la índole altiva y el carácter independiente de Floro, no le libró, como no habia librado á Lucano ni á Séneca, sus modelos, de caer en trivialidades y reprecensibles exageraciones, que rebajan y apocan notablemente los mismos objetos descritos, haciéndolos al propio tiempo inverosímiles. Lucio Ánneo, ambicionando tal vez la gloria

de Castro en ponerle entre los ingenios españoles (*Biblioteca española*, tomo II, siglo II, pág. 144). Sobre la filosofía moral de este Emperador, comparada con la de Lucio Ánneo Séneca, acaba de aparecer en la república literaria un curioso tratado de Arminio Doergens con este título: *L. Annaei Senecae Disciplinae Moralis cum Antoniniana contentio et comparatio*, trabajo que empieza á ser muy estimado de los eruditos.

<sup>1</sup> Gerardo Juan Vossio, *De Historicis latinis*, lib. I, cap. XXX.

de Tácito, ó ya anhelando narrar como poeta, se preciaba no obstante de trazar con una sola pincelada una situacion ó un carácter histórico; empeño que comunicando á su estilo afectada concision, le llevaba con frecuencia á ser hinchadamente oscuro. Y sin embargo de estas geniales condiciones y defectos de su estilo, excesivamente poético; sin embargo de la indicada propension á exagerarlo todo y revestirlo de abultadas formas, mostróse Lucio Ánneo Floro en lo sustancial de su *Epítome* digno abreviador de Tito Livio, mereciendo en vida los aplausos de los mismos que imitaban con singular ahinco los escritores del siglo de Augusto y conquistando en la posteridad las alabanzas de los doctos <sup>1</sup>.

Su *Epítome* que, dividido en cuatro libros, comprende el largo periodo de setecientos años, desde la fundacion de Roma hasta la paz de Octavio, no puede á pesar de esto ser considerado sino como una obra de decadencia; pero obra de grande importancia en la historia de la literatura española, porque aparece, segun vá insinuado, como la última protesta del ingenio español, consecuente siempre con su origen y sus instintos, aun en medio de las difíciles pruebas, á que le habian sujetado los eruditos.—Tan estériles eran ya las tareas de estos en punto á los estudios históricos, que la mayor parte tenian por digno y meritorio empleo el extractar, compendiar y glosar de mil maneras la historia del pueblo rey, debida á las brillantes plumas de los Livios, los Salustios y los Césares, como si hubiera sido posible devolverle en tal forma la virilidad y la fuerza que habia perdido, cayendo en decrepitud vergonzosa. Pero si no fué dable á Lucio Floro el eximirse de la ley comun de los estudios, porque en aquellos momentos de espe-

<sup>1</sup> Señálase entre todos los elogiadores de Floro el tantas veces citado G. J. Vossio en el lib. I, cap. XXX *De Historicis latinis*, apellidándole escritor florido, discreto y elegante, bien que no desconociendo sus defectos. No le negó Justo Lipsio análogo elogio, manifestando que unia á su metódica elegancia cierta sutileza y concision maravillosa; ni le escasearon tampoco los aplausos Salmasio, Barthio, el español Vives, Escaligero y otros muchos comentadores de alta reputacion y fama. Casi todos tildan no obstante el estilo y la frase de Floro de excesivamente poéticos y algun tanto oscuros é hinchados.